

El Dragón Encantado

por
Julio Brial

I

No era hermosa.

Pero tenía un cuerpo tan bonito y una cara tan dulce, que cautivaba y enamoraba sin ella quererlo ni pensarlo.

Se llamaba Marta, era de una provincia cualquiera y estaba hacía poco trabajando como mecanógrafa en aquella oficina comercial donde ganaba una misera soldada para sostenerse con su madre en una vida de perpetuos apuros y miserias.

Sin embargo, era feliz. Se sentía, se creía, sabía que era feliz.

Con su vestidito de sinamay azul, o rosa, o amarillo, y sus corchos de vivo terciopelo que resaltaban la mate blancura de sus pies desnudos; su vieja sombrilla de seda japonesa y su envoltorio diario de hojas de plátano y papel periódico con el frugal condumio del mediodía antes que nadie, cada mañana, era la primera en aparecer en el trabajo y era su maquina de escribir la primera que irrumpía en el tecler monótono y sonoro.

Y eso que no era ella la única mujercita de la oficina. Había otras dos más, como ella jóvenes, agraciadas, de su mismo oficio... Como ellas he dicho? No! Porque las otras resultaban más bonitas, por lo bien arregladas, por lo siempre alhajadas, por lo elegantemente vestidas y es claro que eran las "señoritas", rodeadas de agasajos y amorios, sobre todo María, la más fácil, a quien hacía días el cajero había regalado una pulsera de reloj de oro.

¡Oh, la pulsera!

¡Cuántas veces, ella, Marta, se había detenido cinco, diez, quince minutos para contemplarla con sus húmedos ojos de provinciana de par en par abiertos, al traves del cristal del escaparate, posada entre otras joyas, como algo muy querido, y muy soñado, y muy distante!

Ahora la veía allí cerca, se le iban allí, sin



querer, los ojos, tras de ella, que parecía una sierpe de zafiros y ópalos temblorosa, enroscada al brazo saltarín de María, sobre el negro fondo de la maquina de escribir.

¡Era una tentación!

Como las sobre-faldas de rosas de abalorios, los diafanos rengues y las pomposas sedas, los lindos zapatitos de piel blanca y las blancas medias de seda transparente y sutil como la piel de las cebollas!...

Y aquellas cremas olorosas que embellecían el rostro ovalado de María! Y aquellas esencias con que se perfumaba toda, el corpiño el pañuelito, los labios y las manos y el pecho!...

Marta cerraba sus dulces ojos deslumbrados.

II

Un día riñeron María y el cajero. Y riñeron por ella, Marta, muerta de celos la otra al ver que el elegante amante pródigo y enamorado se dirigía a la provinciana acosándola con miradas, después con palabras, después con flores...

Y riñeron definitivamente, tanto que una tarde Marta escuchó turbada y trémula la declaración de amor del joven que la juró por todo cuanto

pudo quererla por sobre todas las cosas, quererla a ella sola por sobre todas las demás mujeres!

La pobre provinciana creyó, amó a su vez, lloró de felicidad y gratitud y llegada la noche en su casita de nipa perdida entre la inmensa esmeralda musical de las cañas, no cenó. Fingiendo un no sentido malestar, se tendió en su petate, se arropó hasta los ojos con la sábana, y con los ojos muy abiertos, muy abiertos en la sombra, aguardó que el ensueño tendiera sobre sus párpados su cendal de colores...

Y el ensueño divino se hizo ideal en la frente y en el alma de la mujer.

Era ella misma, con la cara blanca de cremas olorosas; con los cabellos recogidos por peinetas de carey y oro; con las orejas iluminadas por azucenas de brillantes; deslumbradora al mover sus largas manos bajo el relámpago verde, rojo y amarillo de anillos y pulseras; sintiendo sobre su pecho virginal el primer beso suave y luminoso de oloroso hilo de perlas!...

Era ella misma tocada de bordados júsís, de colorinescos rengues, de fantásticas sedas y sobre-faldas de tisú de hebras de plata, de hebras de oro, como los trajes de los santos; con sus piescitos presos en los más lindos zapatos blancos, transparentando el rosa y el nácar de sus carnes en la tela de araña de las medias perfumadas!...

Era ella, ella misma, Marta viviendo en otro mundo, en otra vida, en otro reino, regalada y amada por un hombre rendido y generoso, muy lejos, lejos ya para siempre de apuros y trabajos y miserias!

El seductor se lo había prometido. Tendría una casa azul rodeada de un jardín lleno de flores y palomas. Tendría criados. Tendría coches. ¡Tendría amor!

Cuando los gallos clarinearon batiendo sus alas salpicadas de rocío bajo el primer fulgor del día, Marta seguía soñando desvelada, con los ojos ardientes, tintados aún por la quimera embriagadora que dejaba caer sobre sus párpados sus gotas de ilusión.

III

Fué un escándalo la fuga, ya que de la caja de la casa habían desaparecido con el cájero cincuenta mil pesos.

Peró al fin dieron con los prófugos a los pocos días, en una lejana provincia donde él fué arrestado con cuanto dinero y cuantas alhajas le encontraron no perdonando en el despojo ni un sen-

cillo anillo de oro que poseía Marta desde niña.

Fué desnudada brutalmente de las flores de brillantes que iluminaban sus mejillas; del suave hilo de perlas que como una culebra de luz palpitaba dormida sobre su tibio seno!... Y sus manos bonitas se quedaron sin ópalos, sin rubis, sin topacios! Todo se lo llevaron con el amante embustero y ladrón, no dejándole más gemas que las gotas inmensas y dolorosas de su llanto!

IV

Volvió a Manila.

No podía, no sabía renunciar a la vida de fausto y de riqueza soñada, ya iniciada, por la que había sacrificado sin titubear lo más hermoso, lo más sagrado. lo único que hace de la mujer angel y estrella y flor de nuestra vida: ¡el honor!

El lujo, dragon encantado, la tenía sujeta entre sus garras, despedazándole la vida y el alma, para no soltarla ya jamás!

Quería ser hermosa, rivalizar con todas las señoritas de la sociedad que se encontraba al paso, en un duelo a muerte de lujos y esplendores. Y en la ciudad, inmoralese a tanta moral acomodaticia y a tanto tartufismo, a cambio de ir deslumbrando por el arroyo con el fulgor de sus diamantes y sus gasas, Marta, al igual que miles de Martas más empujadas al abismo de los siete pecados por esos mismos graves y campanudos señorones reguladores de la ley y la moral, la mayoría de las veces, fué rodando de vil en vil amor, hasta caer destrozada sobre el último peldaño de la deshonra!

V

Iba a morir.

Al final de dos años de su loca vida, pobre, misera y abandonada por todos iba a morir en el estrecho y sórdido camastro de un hospital de caridad.

Únicamente la pobre y vieja madre velaba acurrucada en un borde de la misma cama su espantoso delirio y su última visión de humanidad.

Marta se enarcaba, se crispaba, hipando, transfigurada, en sus últimos momentos. La inmundada enfermedad de que moría y la quemante fiebre que la abrasaba, hacían de ella una astrosa piltrafa de carne amarillenta y flácida de carne purulenta y misera y hedionda...

La visión espantosa que presidía su agonía la hacía tiritar de frío y de pavor tan grande-



mente, que rechinaban los hierros del camastro.
 Era el dragón, aquel dragón encantado de las siete cabezas y los siete pares de alas. Encantado dragón monstruoso y hórrido, con las garras teñidas por la sangre que manaban los corazones despedazados a sus zarpazos, las entrañas de las vir-

genes rotas por sus garfios y las rosas y las palomas despetaladas a su hálito pavoroso!...

Era el dragón, el que escamado de oro y piedras de luz la fascinaba en su vida y ahora al final de ella, venía por su alma mostrándose infernal en su cruda desnudez y en su bárbaro realismo!...

Y Marta moría entre sus garras, entregándole su alma en sus suspiros y en la última mueca que acabó por desfigurar su un día dulce faz de humilde y honrada provincianita laboriosa.

IV

La madre mendigó de puerta en puerta para poderla enterrar.

Y se la llevaron al cementerio amortajada con su vestidito de sinamay azul y sus corchos de vivo terciopelo que la vieja encontró en el fondo de su arca, abandonada en su primera fuga.

Pero esto no es nada.

Hay por ahí miles de Martas entregándose cada día con más ilusión y más pasión al dragón encantado, seductor y monstruoso.

Y seguiremos teniéndolas mientras tantos canallas parapetados en sus riquezas o en su no importa que clase de honorabilidades, sigan arrojando al fango, hipócrita y criminalmente, para envilecerlas, escarnecerlas, encarcelarlas y asestinarlas después, a estas pobres flores de la selva, todo ensueño, todo fe y todo corazón.

JULIO BRIAL.



ARELLANO ART STUDIO

Samanillo Building

Escolta 619

Tel. 2-38-37

ANGEL OVEJAS

FOTOGRAFO COMERCIAL

227 Espeleta

Sta. Cruz, Manila

Tel. 2-83-76

ESTA

REVISTA

está impresa por

